

He oído las palabras que se han pronunciado aquí en recuerdo de mi padre y puedo aseguraros que es algo más que un sentimiento de filial afecto el que me mueve a agradecerlas.

No se necesitaría, en verdad, que ese homenaje me afectara tan de cerca para llenarme de emoción.

Hay algo de profundamente conmovedor, de ejemplar, de virilmente noble en este conjunto de hombres esforzados que olvida por un momento sus preocupaciones para inclinarse ante el recuerdo de una vida de trabajo.

Es el reconocimiento a la misión cumplida, es la mano que se tiende en un gesto de congratulación al labrador que no está ya junto a sus árboles, es el homenaje rendido al hombre que no buscó jamás los homenajes.

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

Hablar de él, aún en estos instantes, me parece que fuera contrariar su espíritu.

Si me oyera me diría:

- No hagas frases. Los discursos son para los grandes hombres. Yo no he hecho sino cumplir con mi deber.

Para él, el trabajo era la vida, y el cumplimiento del deber, así fuera arrojando la muerte por sus convicciones, como cuando mozo en el campo de batalla, o arrastrando sus achaques, como cuando viejo, "para no entregar la pala" según la frase campesina, no importaba heroísmo alguno ni merecía una palabra de aplauso.

Era la obligación y nada más.

Este homenaje le hubiera sorprendido a él más que a nadie.

Y con razón, señores.

No es corriente, es raro, es casi extraordinario ver

rendir al trabajo y, en especial a este trabajo agrícola, austero, silencioso, tesonero, el aplauso que acompaña a los que triunfan en otras actividades más brillantes.

El agricultor es el soldado desconocido del progreso.

La política, el foro, las letras, las armas, ofrecen campos más fecundos a la cosecha del laurel.

La encina, símbolo del trabajo, crece lenta. Su madera se aprovecha, no se admira.

Con el laurel pasa a la inversa.

Un escritor español, un gran poeta, al recordar los monumentos que en Sagunto evocan tantos nombres afamados como ruinas dejaron a su paso, se pregunta, mirando las colinas enriquecidas aún con los retoños de los olivos de otros siglos que cultivaron manos ya olvidadas: ¿Y el olivar? ¿Quién plantó el olivar? Nadie lo sabe; nadie lo recuerda.

"¡Oh vilipendio!", exclama. "La humanidad que el beneficio olvida, levanta bronce y mármoles al miedo!"

Es cierto. Sobre el trabajo de la tierra pesa el olvido, como pena accesoria de la maldición bíblica.

Es por eso que, en fuerza de ser extraordinario, es más noble, es más hermoso este recuerdo vuestro.

En nombre de mos hermanos y en el mío, os lo agradezco desde el fondo del alma.

Hay palabras gastadas por el uso, como las monedas; pero hay una que, acaso por ser de oro, cuanto más gastada está mas resplandece, más ostenta la nobleza de su ley. Es la palabra de la gratitud.

Gracias, señores.